

# LA SAETA

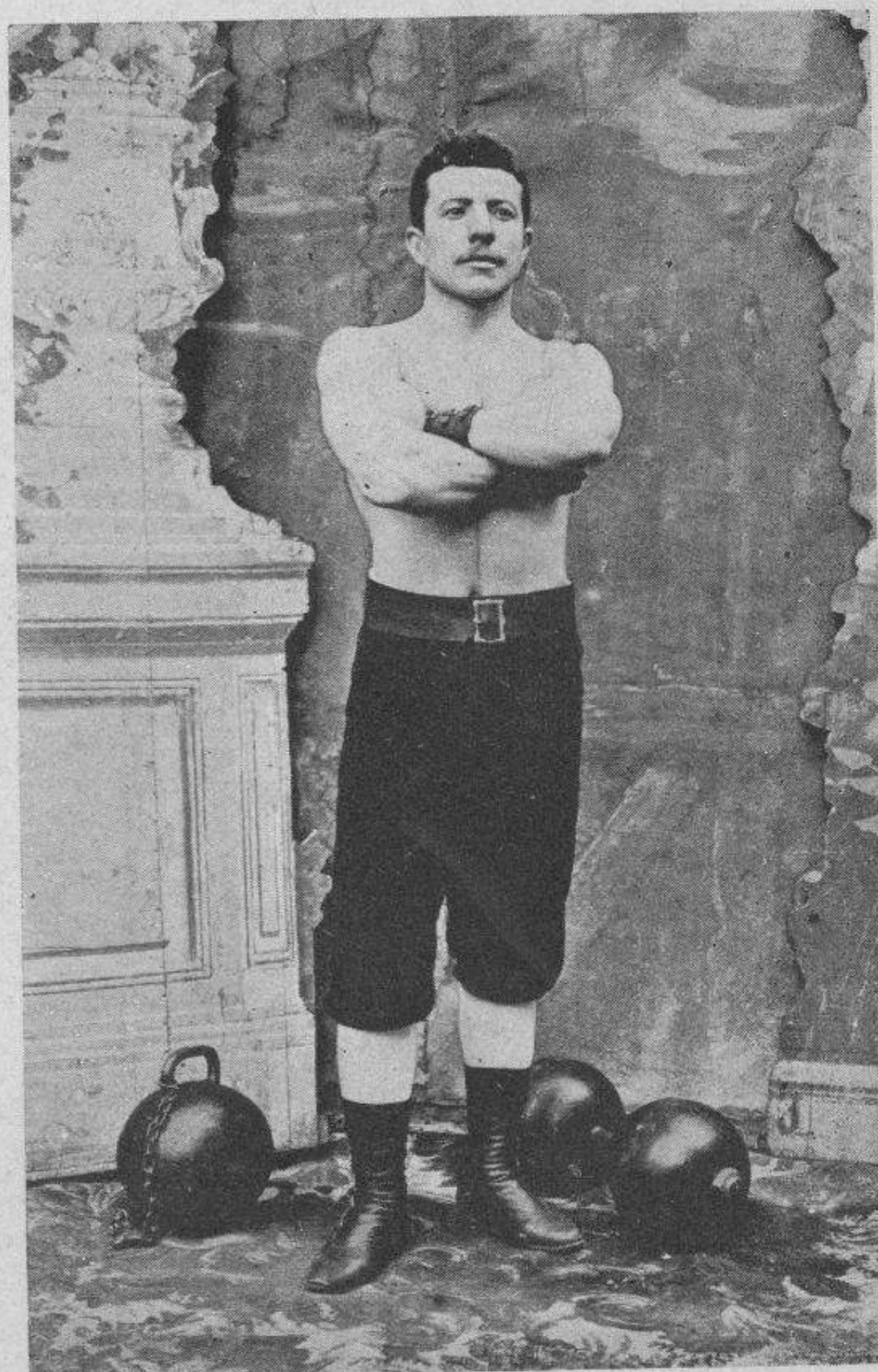
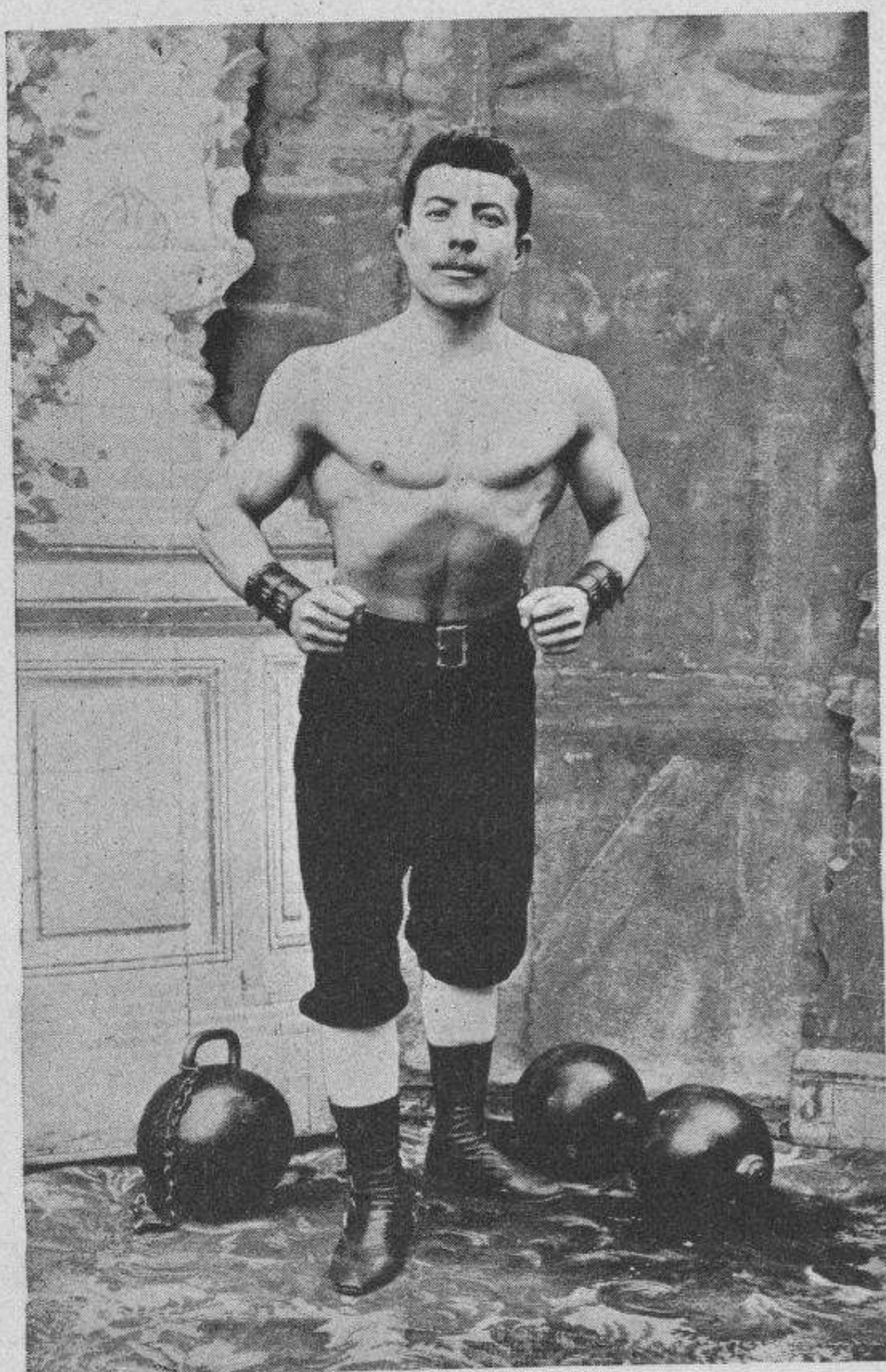
SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 16 de Septiembre de 1897

Núm. 356

## ACTUALIDADES



Fot. A. Merletti

El Hércules «Nino» que actualmente se exhibe en el Circo Ecuestre



## Bis in idem

Desde que Juan había perdido para siempre á la mujer que convirtiera el árido desierto de su existencia en encantado oasis, sólo pensaba en las mujeres cuando el hervor de su sangre hacía que las deseara. Pero calmado su deseo por la posesión, las muchachas más bellas y listas no podían arrancar una mirada á sus ojos, que parecían mirar para adentro; una sonrisa á su boca elocuente, que se decía que desdeñaba las palabras, lenguaje harto bajo y grosero para expresar los pensamientos que bullían en su cerebro.

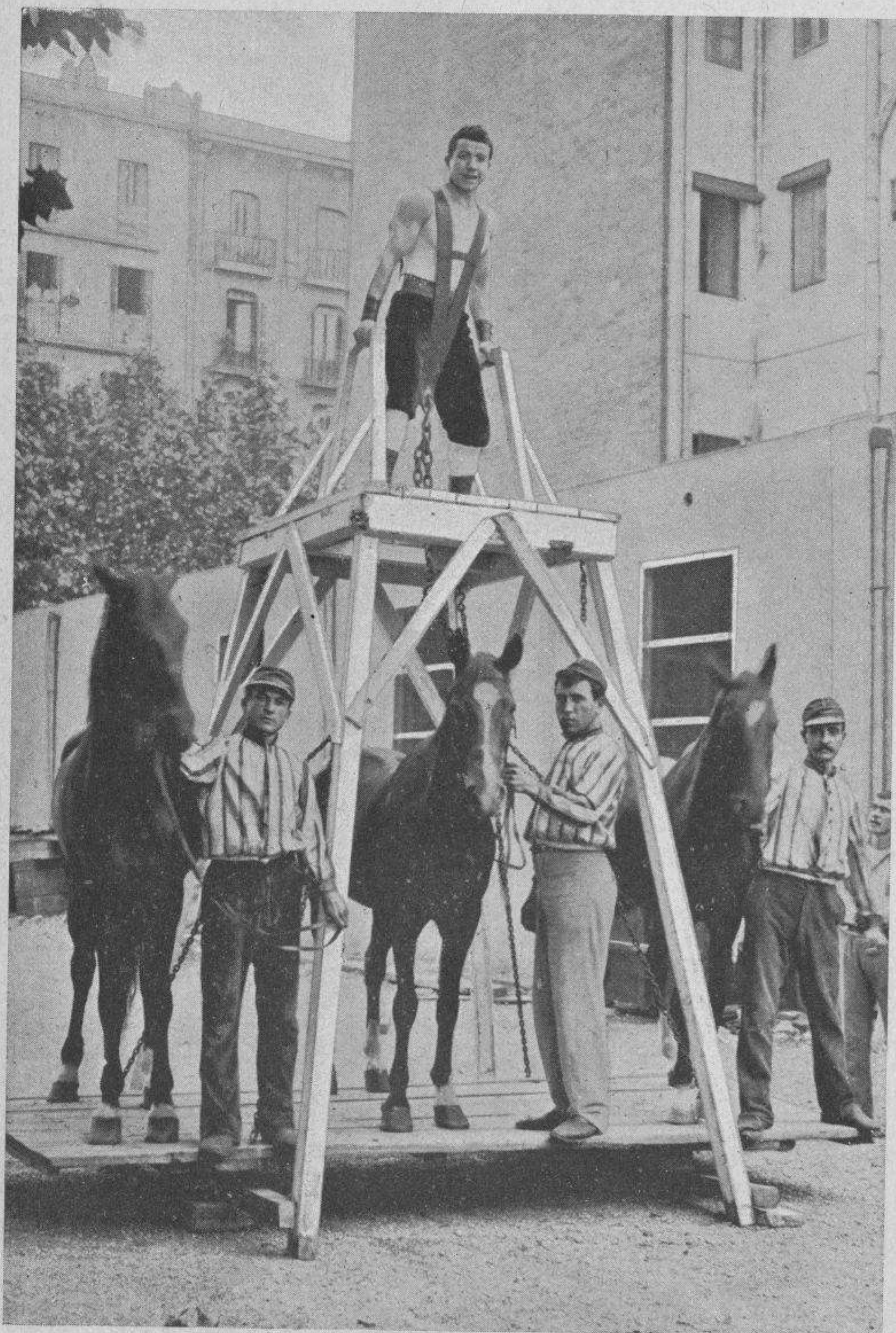
Desde que murió aquella mujer á quien adoraba y de quien era adorado, Juan se había encerrado en un silencio y un aislamiento casi absolutos. Trabajaba maquinalmente para ganar el pan de cada día; pero no se cuidaba poco ni mucho de los años que transcurrían velozmente marcando su huella en sus facciones, ni de su reputación de hombre de talento, que se perdía sin provecho, ni de sus antiguas aficiones que le llevaban á ser apóstol de una nueva religión de amor y de respeto mutuo entre los hombres.

Imaginaba que si sus sentidos vivían, su corazón había muerto por completo; pensaba que jamás podía hallar una mujer que le amara como había sido amado y á la que pu-

diera querer como quiso á la muerta-viva, á la desaparecida-presente.

Una noche entró en el teatro para matar el tiempo. Sentóse en un sillón. El telón no se había corrido todavía, y poco á poco se iban llenando las localidades todas. Sonoro taconeo, roce de faldas de seda, crugir de enaguas almidonadas, fragmentos de conversación, risotadas más ó menos estúpidas, saludos que se cruzaban de palco á palco, acomodadores que pasaban atareados enseñando á los paletos y horteras sus localidades, gente que se sonaba y tosía preparándose para escuchar y ver sin perder un gesto ni una palabra de los actores, ruidos mil que sonaban en el fondo de la escena, detrás del telón de boca, formando un conjunto molesto y pesado; todo lo oía y veía Juan sin llegar á formar cabal concepto de ello, ausente su espíritu, perdido en un vago ensueño. Tres ó cuatro señoras penetraron en la fila que él ocupaba. Una de ellas se sentó á su lado. Sintió el contacto de los pliegues de la falda y el más suave y blando de un brazo que, aunque involuntariamente sin duda, tocaba á veces el suyo.

### CIRCO ECUESTRE



El Hércules «Nino» levantando tres caballos: peso 1,400 kilos



Juan no se había vuelto siquiera. Adivinaba que la mujer que estaba sentada á su lado era joven. Por los pliegues de la falda que veía conjeturó que era elegante y rica; pero no pensó nada más. ¿Para qué mirar su rostro?

La señora habló y Juan creyó que soñaba. La voz que sonaba á su lado era la voz de la muerta; pero no extinta casi y dolorosa como la recordaba, como martillaba de continuo sus oídos, sino fresca, juvenil, alegre, con esas inflexiones que sólo tienen la inocencia y la niñez ó la juventud en el momento adorable en que por primera vez canta y escucha el poema sin letra de la vida, entrando en ella por la puerta del amor, embriaguez de los sentidos, arrobamiento del alma.

Juan se volvió bruscamente, y poco faltó para que se escapase un grito de su pecho. La muchacha que estaba á su lado, que tenía al alcance de su mano, era vivo trasunto de la adorada muerta. Su boca sonreía con la misma ingenuidad, su frente se contraía con igual gracioso mohín, palpitaban las alas de la nariz como aspirando sólo lo puro del aire; y los ojos azules, rasgados, se fijaban como aquellos que se habían extinguido para siempre, con una expresión de curiosidad y cariño indecibles, aun sobre lo inerte, llama de amor que abrasaba cuanto veía, que acariciaba cuanto estaba á su alcance. El cuerpo era gracioso también y perfecto, propio para sentir é inspirar pasiones, grácil y resistente, obra tan acabada de la naturaleza que por eso Juan no había podido admirar otra.

Los ojos de Juan no pudieron apartarse de aquel rostro y de aquel cuerpo. Cuando la muchacha le miró creyó que iba á gritar ó á cometer alguna inconveniencia, porque aquellos ojos azules eran los mismos que tantas veces había besado en un transporte de amor, en un arrobamiento de ternura.

¿Comprendió la muchacha la profunda impresión que había producido? También miró á Juan y tampoco sus miradas podían apartarse de aquel rostro inteligente y varonil, donde las pasiones habían dejado su huella, pero donde en aquellos momentos brillaba la luz soberana de la esperanza y de la suprema alegría.

—Sí, decía al cabo de unos días Rosa, sí, te he amado desde que te he visto. Y puedes creer que antes que á tí no había amado á nadie. Yo creo que te he visto en sueños, que ya te conocía. Por eso tengo confianza en tí, por eso no me avergüenzo de estar á solas contigo, á quien apenas conozco.

—Y tú, respondía Juan, tú eres para mí la continuación de mi eterno sueño; tú eres la forma perfecta por la que ha palpitado mi cuerpo, corrido mi sangre, alentado mi alma. Tú eres la única, la inmortal ilusión encarnada en la realidad. Estas manos que ahora estrecho entre las mías, son las que se han posado mil veces sobre mi frente; estos labios son los que han refrescado los míos con su puro aliento; este cuerpo es el que, en vida, me ha hecho conocer la bienaventuranza del paraíso de Mohamet; yo he dormido sobre este seno, y entre las sombras de una noche tan espléndida como esta, he besado estos ojos, estrellas que alumbran el camino de mi vida. No es una posesión nueva la que tomo; es la resurrección de la forma que ya era mía, que yo había moldeado.

—¿Me quieres?

La respuesta no quedó formulada en una palabra.

Entré las sombras de la noche se cumplía una vez más el eterno misterio de la fecundación.

A. RIERA.

---

## Compendio de literatura

Á UNA COQUETA

Una *leyenda*, tu azarosa vida;  
tu espíritu, sin duda, una *dolora*;  
tu boca un *madrigal* es que atesora  
la dulzura en sus frases escondida.

La fresca rosa á tu mejilla unida  
es un *canto* del rostro que colora,  
y de tu frente la risueña aurora  
*idilio* tierno que al amor convida.

Suave *cantar* de inspiración suprema  
es de tus ojos la expresiva llama,  
de la armonía celestial emblema,  
bello, más bello que la luz que ama;  
resumen de lo dicho: un gran *poema*;  
lo demás... debe ser un *epigrama*.

## ¡Para la pobre ciega!

Alma de Dios, aurora fugitiva,  
tórtola virginal del infinito,  
niña del cielo, portador bendito,  
iris abajo, mariposa arriba.

Yo, el que por prados á buscarte iba,  
antes de amanecer, de pequeñito,  
hoy te invoco llorando. ¡Necesito  
toda tu luz esplendorosa y viva!

Sus blanquísimos párpados despliega;  
mitiga sus enojos, mis enojos,  
y en el misterio de su alcoba riega  
la brillantez de tus matices rojos.  
¡Mira que está la pobrecita ciega!  
¡a ver si sanas por favor sus ojos!

JOSÉ DE DIEGO



# Definiciones y vulgaridades

(FRAGMENTOS INÉDITOS DE UN LIBRO QUE NUNCA SE ESCRIBIRÁ)

La Etimología es el microscopio aplicado á las lenguas vivas.

La Filología es el telescopio apuntado á las lenguas muertas.

—  
La Biblia es como un piano.

Se pueden tocar en ella desde los valeses lánguidos del Cantor de Sulamita, hasta la marcha fúnebre de David, ese rey de los aburridos.

Se pueden defender con ella desde el nihilismo hasta la Santa Inquisición.

—  
La obra divina es tan superior á la humana, que una pata de mosca vista en el microscopio resulta fina y acabada, mientras una hebra de seda aparece como un cable.

Así es de maravillosa y perfecta la función digestiva; pero ¿cuántos hombres habría capaces de llevarla á cabo, si ella fuese obra de la voluntad y no fuerza inconsciente de la sabia materia?

—  
Si Dios no existiera habría que inventarlo, dijo un ateo optimista.

No hay creyente que en un momento de pesimismo no haya pensado que si Dios existiera, habría que suprimirlo.

—  
El buen amigo de los libros, al adquirir uno nuevo, experimenta la misma voluptuosidad que el Gran Sultán al recibir en su harem una nueva esclava.

Y luego, al romperle las hojas, ¡qué suaves deliquios!

—  
No se sabe si realmente Dios creó al hombre á su imagen y semejanza; pero es seguro que el hombre se ha forjado un Dios hecho á su semejanza y según su imagen.

Júpiter llevaba toga; y yo he visto Cristos con *zaragüelles* ó *chiripá*.

—  
Los autores son como los melones. Sólo se sabe lo que valen cuando están abiertos y para que se lleven un pedazo hasta los niños si quieren.

Es decir, cuando empiezan á pasarse.

—  
La primera mariposa que se quemó hubo de blasfemar. Mientras chisporroteaba en la llama le dijo á Dios:

—Me diste afición á las flores brillantes sin calcular que un día el hombre habría de inventar el fuego. Para otra nueva Creación que hagas, procura ser más previsor.

—  
Stendhal leía, todas las mañanas, antes de ponerse á escribir, un título del Código

Napoleón, para que su estilo fuese claro.

Los legisladores deberían, antes de dar una ley, leer una buena obra literaria. Quizá resultarían, así, sus Códigos menos oscuros.

—  
La ingratitud es la independencia del corazón.

El que hace muchos favores es una metrópoli que se expone, á cada paso, á quedarse sin colonias.

—  
Lo que más me gusta del Nuevo Continente es el continente.

Esto no quiere decir que lo que más me guste del Viejo, sea el contenido.

—  
El hombre es una continua secreción, desde el pelo que segrega el bulbo raquídeo, hasta el pensamiento segregado por la celullilla cerebral.

¡Si se viera cuántos calvos hay por dentro!

—  
La pintura al óleo es el órgano.

La acuarela, la orquesta.

El grabado en acero, el violín.

El grabado en piedra, cornetines y trompas.

La miniatura, el arpa.

El agua fuerte, el violoncello.

El dibujo, la guitarra ó mandolina,

Y el cromo, el piano.

—  
El patriotismo es la proyección del egoísmo en el espacio.

Lo hay de nación, de ciudad, de barrio y hasta de calle.

¿Habrá en la otra vida patriotismo de planeta?

—  
—Papá: ¿qué es el toro?

—El padre del novillo.

—¿Y el buey?

—Su tío.

En la novela francesa contemporánea, Daudet es el novillo y Zola el toro.

Ohnet es el tío.

—  
La política es el arte de los inhábiles y la ciencia de los ignorantes.

—  
Vivir es quizá dormir, dice Hamlet.

La vida es sueño, le replica Segismundo.

Dormir es vivir, dicen muchos.

Soñar es vivir, exclaman algunos.

Para la inmensa mayoría de los hombres vivir es dormir, soñar... y digerir.

—  
Hay quien va á Suiza en busca de grandes panoramas.



Diariamente tenemos el más asombroso sobre nuestras cabezas. Sin embargo, ¡cuán pocos se asoman al balcón de la noche estrellada ó del espacio inacabable!

—  
La escultura es á la arquitectura lo que la poesía á la música.

Una estatua brilla desde su pedestal; es decir, por formar parte de un conjunto arquitectónico. La poesía vale por la armonía que encierra.

Por esto no se hablará de Víctor Hugo más que como dibujante regular, cuando todavía se admirará á Wagner, como el primer poeta de este siglo.

—  
En los tiempos pasados imperaba el absolutismo de una clase, de una familia ó de un rey; esto en política. En el teatro la tragedia.

—  
El presente político es de los gobiernos mixtos. Predomina en el teatro el drama. El porvenir es de la democracia y de la comedia.

—  
Leverrier descubrió un planeta por las alteraciones que otro astro sufría al pasar por la *vecindad* de aquél.

Caso análogo al del que está conversando en la calle y al pasar un transeunte levanta la voz para que éste se entere de lo que él dice.

—  
La forma de gobierno es la encuadernación de esos grandes libros que se llaman los pueblos.

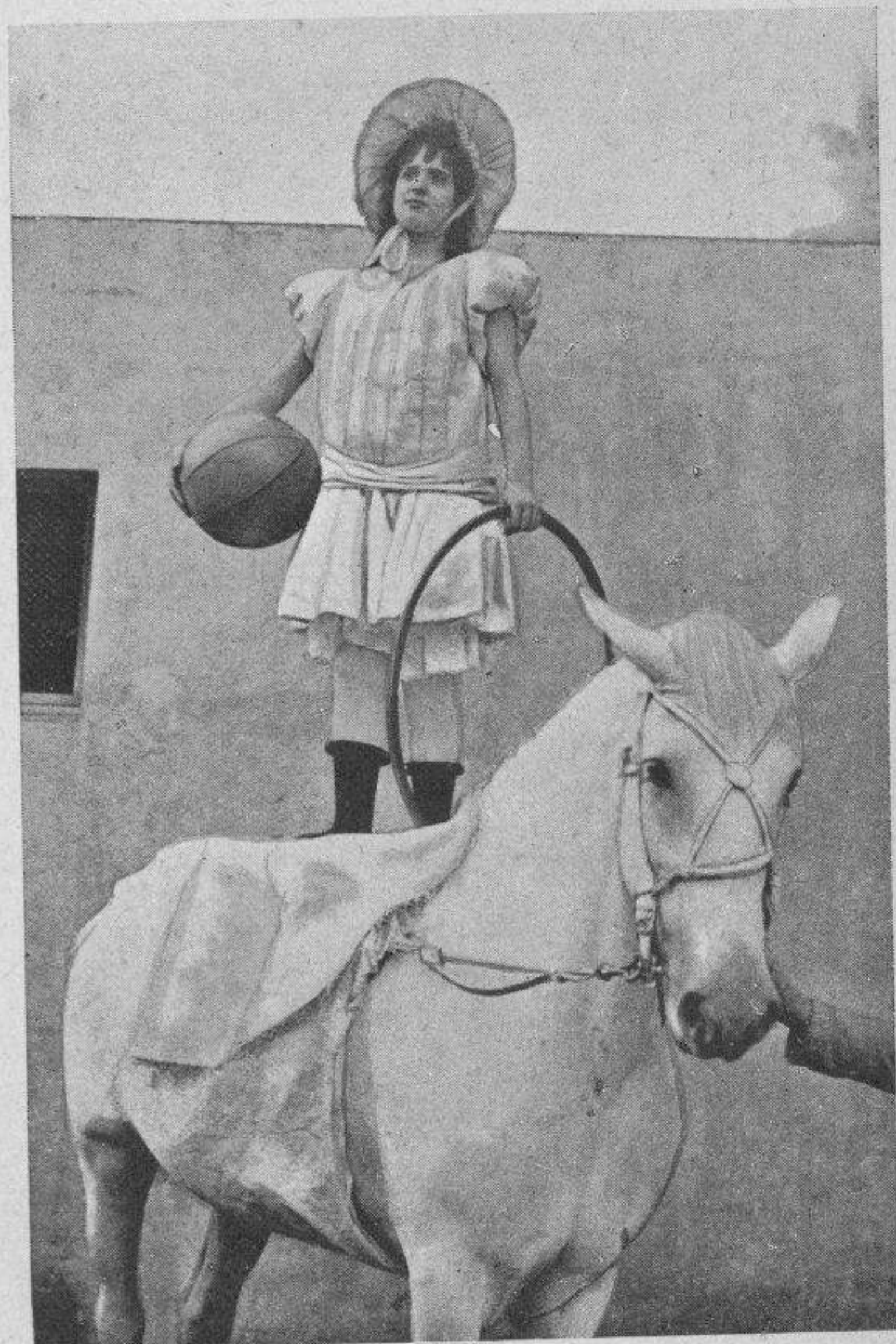
A algunos de los del Viejo Mundo se les caen las tapas de puro podridas.

En el Nuevo abundan los volúmenes en rústica.

CARLOS MALAGARRIGA.

---

### CIRCO ECUESTRE

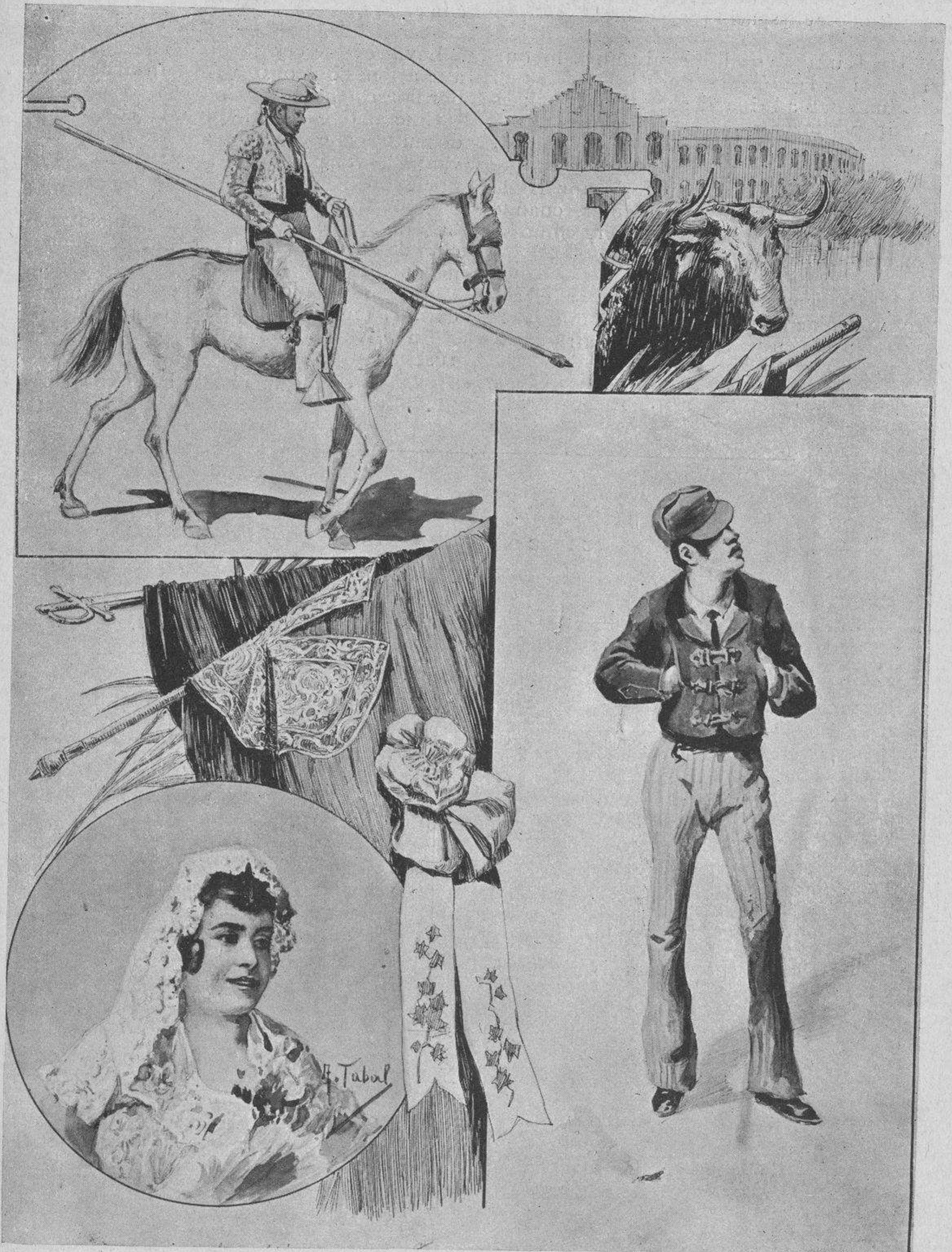


Bebé Fanny, ecuyère inglesa

Fot. A. Merletti



A. TABAL



Tauromaquia





## Un fallo de Sancho Panza

Hacia pocos días que el sesudo y reflexivo varón que la historia conoce con el nombre de Sancho Panza había tomado posesión de su gobierno, cuando una mañana en el momento de sentarse en el estrado para dar audiencia pública y hacer justicia á quienes la pedían, vió entrar con ademanes descompuestos y rostro furibundo á un hombre, viejo ya, puesto que si no llevaba cumplidos sus sesenta y cinco, pocos meses necesitaba para lograrlo. Era de cuerpo alto y flaco á estilo de alabarda torcida, ya que perdiera la derecha de antaño; el semblante apergaminado y adusto; la voz bronca y desapacible; el traje propio de hidalgo acomodado, pero impropio de un hombre de sus años por lo abigarrado y lo muy recubierto de cintas y adornos.

Tras él y como traídos á remolque, iban, de muy mala gana, una mujer y un mancebo. Ella joven y muy real moza, bien prendida y ataviada; él, muy apuesto y galán. Andaban una y otro como confusos y avergonzados, viéndose á las claras que no entraban por su gusto, ni por propia voluntad en la morada del Gobernador. Y tal vez volvieran las espaldas á despecho de las leyes, de la cortesía y del respeto, á no tener á retaguardia un golilla que notoriamente les servía de escolta.

Miró el buen Sancho Panza con ojos entre curiosos y severos á los recién venidos, y areguntóles que objeto les traía á su presencia. A lo que contestó el hidalgo sesentón con pncento que la ira hacía temblar:

—Lo que me conduce, señor excelentísimo, ante vuestro tribunal, es el cuidado que todo buen caballero ha de tener de su honra y el justo deseo de alcanzar venganza cuando esa honra sufre ultraje y menoscabo. Habéis de saber, señor, que yo soy D. Telesforo Quiñones Barzalagumina de los Herreros y Grandilaborrea, descendiente directo de dos de los más nobles linajes que así en Castilla como en Vizcaya hayan visto la luz. Mi abuelo paterno, que lo fué el nunca bien ponderado don Baltasar...

—Alto ahí, mi señor don Telesforo,—interrumpió el Gobernador,—y hacedme la merced de dejar en paz á vuestros abuelos y de ir al grano; que no estamos aquí para escuchar genealogías ni historias añejas, sino para administrar justicia á los vasallos de mi jurisdicción y de mi gobierno.



Amoscóse un poco el linajudo caballero de la advertencia, pero reprimió su coraje para seguir diciendo:

—Pues al grano voy, y diréle á Vuestra Excelencia, que soy casado, por mi desgracia, y que esta es mi mujer por mi desdoro y el de mi preclara cuna. Hija era de un hidalguillo que se murió en este mismo lugar y al cual había honrado yo con mi amistad. Al conocer que Dios le llamaba á su presencia, nombróme tutor de la huérfana que iba á dejar sola y desamparada en la tierra, sin protección ni bienes; y yo, cumpliendo con el encargo, me esmeré en satisfacer los intentos del difunto, dando albergue, comida, educación y cuantos cuidados requieren las necesidades de la vida á la hija de Blas de la Zapa, que así se llamaba el hidalgo. En vez de pobreza tuvo, pues, la muchacha existencia regalada, sin apuros ni escaseces; apartada del mundo y de sus peligros, no vió en mi casa más que ejemplos de virtud y se salvó su honestidad de cuantos riesgos acometen á las doncellas que sin padres ni protectores andan abandonadas y desahuciadas.

Y más hice todavía...—prosiguió don Telesforo, tras una pausa que empleó en recobrar aliento y en lanzar dos miradas, una de dolor al cielo, otra de rencoroso despecho á su consorte.—Más hice, sí, en un impulso de generosa abnegación que en mal hora me inspiró y de que me arrepiento amargamente... Cuando cumplió mi pupila sus diez y ocho años, comprendiendo yo cuán difícil le es siempre á una doncella hermosa y de limpio origen, pero pobre y sin arrimos, hallar esposo de condición que corresponda á la suya y pueda mantenerla con los mismos privilegios y holganzas en que ella creció y vióse acostumbrada, me dije que era preciso concluir la obra comenzada; y sin hacer mientes en la diferencia de edades y de riquezas, determiné dar mi mano de esposo á mi protegida y así lo hice un año después. Sí, señor Gobernador, el ilustre descendiente de los Quiñones Barzalagumina y de los Herreros Grandilaborrea no vaciló, en aras de cari-

tativa abnegación, en desposarse con la humilde huérfana de Blas de la Zapa. ¡Oh! Doña Laura... inspiración del maligno espíritu debió de ser la que me llevó á conducirlos al pie de los altares... pero ¡quién había de pensar que una mujer crecida y educada á la sombra de la virtud y del recato pagase con tan negra ingratitud el inapreciable beneficio que un hombre como yo la había dispensado!

Al pronunciar don Telesforo este apóstrofe con entonación majestuosa y trágico ademán, irguiendo el encorvado cuerpo, clavando en la acusada la mirada iracunda, corrió por el concurso un murmullo de aprobación. Hubo luego un instante de silencio que la voz del encopetado hidalgo lo volvió á interrumpir exclamando de esta suerte:

—¡No!... No podía mi lealtad, no podía mi hidalguía esperar tal recompensa á mis desvelos y á mis sacrificios...

—¿Pues que ha pasa-





do?...—preguntó no sin impaciencia el Gobernador.—Acabad de una vez, señor caballero, y decid qué quejas tenéis de esta vuestra esposa.

—¿Qué quejas tengo?...—profirió don Telesforo, alzando los brazos y los ojos al firmamento ó hablando con más propiedad, al techo del salón.—¿Pues qué?... ¿No las adivinó ya vuestra perspicacia?... ¡Ah! Puesto que es preciso llamar las cosas por su nombre, sabed, Señor Excelentísimo, que mi mujer me ha hecho cor...

Y pronunció el vocablo entero, sin omitir una letra, lo cual no dejó de promover entre los presentes grandes risas. De ello manifestóse muy ofendido el noble querellante, que parecía dispuesto á increpar duramente á los desvergonzados, y lo hiciera, sin duda, á no intervenir la autoridad de Sancho que imponiendo silencio, añadió en seguida:

—¿Pero está vuestra merced bien seguro de... de ser lo que pretende?

—Segurísimo; les cogí en la trampa; el alguacil puede dar fe y estad, señor Gobernador, en la persuasión de que ni los mismos reos se atreverán á negar. Afirmo y juro, pues, que mi esposa doña Laura y su cómplice don Antolín de Bringas, aquí presentes, me han ultrajado en mi honor conyugal y de ese ultraje que no he podido vengar con el acero porque mi brazo es ya viejo y débil, de ese ultraje, vengo aquí á pedir justicia plena.

Rascóse el Gobernador la barba, y volviéndose hacia doña Laura, preguntó entre severo y reposado:

—¿Qué tenéis que oponer, señora mía, á lo que acaba de manifestar vuestro marido?

(Concluirá)

JUAN BUSCÓN.

---

EN EL CAMPO, POR CABANELLAS



Dulce coloquio



F. H. KAEMMERER



En el jardín



S. VINIEGRA



La lección de guitarra



## Un viaje en diligencia

Al lucir de la alborada,  
entre dormido y despierto,  
me encaminé á la posada  
del tío Antolín el Tuerto,  
sita en la Puerta Cerrada.

Y como es el madrugar  
en mí, caso peregrino,  
no quiero á usted relatar  
las veces que en el camino  
hube yo de tropezar.

Consigo llegar al fin:  
al coche el ganado engancha  
un hombre como un mastín,  
y ya tiene usted á Joaquín  
caminito de la Mancha.

Observo á mi alrededor,  
y encuentro por compañeros  
de viaje, un procurador,  
un cura, dos vinateros,  
un bizco y un herrador.

Iban á más, y no deja  
de recordarlo mi mente,  
pues la verdad lo aconseja,  
al lado mío una vieja  
y una morenita enfrente...

Eran dos soles sus ojos,  
era una gloria su cara,  
y eran sus labios tan rojos  
que á un santo dieran antojos  
como el Santo los mirara.

Mientras describo el pelaje  
de la gente, bien ó mal,  
rueda el pesado carruaje  
con ese estruendo infernal  
consiguiente á todo viaje.

Cruzamos la carretera.  
¡Arza! grita el conductor,  
cruje la fusta ligera  
y todo es ruido y calor:  
seguimos de esta manera  
seis horas sin descansar,  
v la confianza entrada  
todos hablan á la par,  
promoviendo una algarada  
imposible de evitar.

El uno me ofrece vino,  
otro me pasa el Ojén,  
yo bebo y hablo sin tino  
mirando al rostro divino  
de mi vecina también;

ó cesando en mis trabajos  
por ver sus pies seductores  
que asomaban por debajo  
de los pliegues tentadores  
de su vistoso refajo;

y su breve pie mirando,  
en alas de una ilusión  
iba meciéndome, cuando  
me la arrebató, parando  
el carruaje en un mesón.

¡Oh manchegas hosterías!  
¿quién no os contempla dichoso?  
¿quién os admira gozoso,  
si ha buscado algunos días  
en vuestros cuartos reposo?

¿Quién, al ver vuestros sillares,  
no presagia mil venturas?  
¿si ha dormido sus pesares  
sobre vuestras camas duras,  
de formas irregulares!

¿Quién no se complace al veros,  
si el sueño de los viajeros  
arrullan con suaves trinos  
los gansos y los pollinos,  
los gallos y los arrieros?

¿Quién no recuerda, por fin,  
la Maritornes garrida  
que, á serviros decidida,

á un tiempo se hace la crín  
y revuelve la comida;  
y la enorme variedad  
de chicos que os encabeza,  
demostrando la verdad,  
si no de vuestra limpieza,  
de vuestra fecundidad?

Yo, que os tengo examinadas  
y sufridas, y habitadas,  
por vosotras hago preces.  
Benditas seáis mil veces,  
¡oh mancheguiles posadas!

En una de éstas paramos,  
y ya era entrada la noche  
cuando de ella nos marchamos,  
y su cocina dejamos  
por los asientos del coche.

Noche de estío; calor,  
treinta grados sobre cero;  
silencio á mi alrededor,  
y por luz, el resplandor  
de un opaco reverbero.

Los viajeros dormitando;  
yo, con afición mirando  
de la muchacha el semblante,  
y el mayoral entonando  
una jota en el pescante...

Amigo, comprenda usted  
que era excesivo trabajo  
contenerme... La miré,  
hacia mí su mano trajo  
y yo su mano estreché;

y creo, pero no juro  
porque estaba muy oscuro,  
que fué mi amoroso exceso  
subiendo, y casi seguro  
que la hube de dar un beso.

Era un caso que doctores  
no salvaran... De repente  
se escucha un ruido estridente  
que despierta á los señores  
que dormitaban enfrente.

Rueda aquí el procurador,  
muy reverendo señor,  
y sus nobles compañeros  
el cura, los vinateros,  
el bizco y el herrador.

Puja la vieja un lamento  
al resbalar de su asiento,  
y salta roto un cristal,  
mientras lanza el mayoral,  
un furioso juramento.

—¿Qué ocurre?—¡Dios nos conceda  
un milagro!—No se queje.

—¿Qué ocurre?—Nada que pueda  
doler. Que se ha roto el eje  
y se ha partido una rueda.

—¿Y tendremos que marchar  
andando?—Sin remisión.

—¿Hasta dónde?—Hasta encontrar  
auxilios en el mesón  
del inmediato lugar.

—¿Y qué lugar es?—Caneja.

Allí es donde vivo yo,  
dijo la vieja, y calló;  
y al escuchar á la vieja  
la muchacha suspiró.

¿Qué más decir? Que llegamos,  
que ya imposible nos fué  
hablarnos, que suspiramos,  
que me miró, y la miré,  
que tristes nos separamos,  
y que á lomos de un rocín  
falso y de perversas mañas,  
lamentando el triste fin  
de sus amores, Joaquín  
pudo entrar en Valdecañas.

J. DICENTA.



C. WÜNNENBERG



Idilio





## La princesa rusa

No cabía de gozo en su pellejo... La idea de que aquella tarde sería presentado por su amigo Luís á Fanny, el astro de moda en aquella sazón, la alta pecadora ante el trono de la cual rendía parias lo más elegante y opulento del dorado mundo masculino, le volvía loco y sentía una extraña comezón por todo el cuerpo, que era ni más ni menos que el espasmo de la dicha...

¡Cómo! Iba á encontrarse mano á mano con ella, á oír su voz, á sentirse acariciado por su aliento... La diosa no ignoraba su pasión frenética... Constábale su constancia, su tenacidad, su adoración igual y firme... Ya hacía cuatro ó seis meses que se hallaba transformado en su sombra... En las carreras, en el paseo, en el teatro, en la iglesia, de día, de noche, á todas horas buscando sus miradas, embebido en su contemplación, enamorado del ángel caído como un colegial de su morenita, encontrábase siempre él consagrándole un culto perpetuo... Basta de asedio, de cerco; había llegado el momento del ataque... Pero no se trataba de una pérdida cualquiera... Fanny pretendía ser una señora, un espíritu elevado, una dama... Sus íntimos aseguraban que poseía el francés y el italiano, que cantaba, que pintaba, que entendía de literatura... Susurrábase si procedía de noble estirpe... Desde luego se le conocía su costumbre de alternar con personas de viso; el alto mundo parecía serle familiar... Preciábase de haber viajado mucho, de haber recorrido Europa... Tal como la pintaban sus amigos le resultaba á Jorge, en el período álgido de sus sueños, un poco princesa rusa. A media tarde vino Luís á buscarle en su tálburi; montaron, y al escape del rápido caballo húngaro, que arrastraba el ligero vehículo, dirigiéronse á casa de la pecadora... A Jorge latía el corazón con cierta violencia... El, el aristócrata corrido y calavera, para quien no había nada desconocido en la escala del pecado, el hombre de mundo, de entendimiento penetrante, aguzado por una vida tumultuosa, acostumbrado á mandar, sentíase ahora tímido, encogido, irresoluto. ¡Estaba fresco! Después de una vida negativa, crapulosa, helada, insensible á cuanto no fuera el culto de los sentidos, postrado ante la carne, resultar ahora enamorado de una ninfa mundana... ¡Ah! Pero era hermosísima, y sobre todo había dentro de la estatua algo excelso y adorable: una exquisita delicadeza, un espíritu superior. Se trataba de Venus, pero con la llama de Minerva. Y en estas llegaron y subieron al piso principal, en que Fanny vivía.

Fanny hallábase recostada en una *chaise-longue*, haciendo resaltar adrede con su postura las suaves ondulaciones de sus formas. Esperaba la visita, y habíase dispuesto para la recepción... Estaba hermosísima, vestida con una bata de terciopelo Corinto, que aumentaba la morbidez de su cuerpo; un cordón de seda la ceñía la cintura, cayéndole los extremos graciosamente sobre la falda. El oleaje de su cabellera rubia, peinada con supremo arte, concluía su silueta de estatua. Su rostro de nieve resplandecía con un gozo íntimo. La estancia en que la diosa tenía su trono, era un lindo gabinetillo atestado de muebles y de fruslerías de moda, una bombonera con cierto aspecto de escaparate en que, á decir verdad, había más lujo que gusto, echándose de ver el rutinarismo del tapicero sujeto á figurín, pero nada personal y propio... Al ver á los dos amigos, Fanny se incorporó, sonriéndose, mostrando en el movimiento que hizo al erguirse, y que arremolinó un tanto la falda, un pie menudo, calzado con zapatilla turca. Con sencillez tendió á Luís una mano y saludó á su amigo con una inclinación de cabeza... Jorge estaba encantado... Hallábase en presencia de aquella deidad misteriosa, de la princesa rusa, de su ídolo... La diosa mundana no era un pedazo de carne cualquiera... Tratábase de una mujer culta, ilustrada, á la que había que llegar con supremo tacto... Jorge, aguzando su fantasía y procurando remontarse, la emprendió con el arte y con la música; habló de Wagner y de la escuela italiana... Después, agotadas las fusas, la emprendió con los viajes, tomó el ferrocarril y recorrió en tren rápido y en quince minutos toda Europa. Fanny asentía, sonreíase, pero no pronunciaba palabra, jugando al descuido con los cordones de su bata. Mientras Luís, más íntimo de la dama, había sacado de una cajita, colocada sobre un velador, una pastilla de menta y se la engullía despacio mientras se golpeaba el pantalón con su junquillo...

Jorge era capaz de estarse hablando sólo dos horas. Agotados los temas «abstractos», se entró por los de actualidad... La diosa sólo decía sí ó no; cuando más, añadía alguna frase común...

Un poco amostazado su galanteador, atribuyendo el laconismo á frialdad de su princesa, la preguntó después de un momento de pausa:

—Pronto serán las carreras de primavera... ¿Prepara usted algún tren nuevo?... No se olvide usted de que es la soberana de la moda, de que Madrid la espera.

La lisonja llegó hasta el corazón de la diosa y se sonrió con enagenamiento... Miró blandamente á Jorge y repuso:



—¡Ah!... exagera usted... ¡Si que pienso estrenar un vestido que me ha hecho Wort!... Eso si hay carreras, que ya sabe usted que se habló de que iban á quedar reducidas á las de Otoño, y puede que no las *haiga*...

Jorge, que se disponía á recobrar la palabra, sintió que algo le anudaba repentinamente la lengua... Aquel «haiga» sonoro de su princesa rusa repercutió en sus oídos de un modo lamentable... Pintura, música, viajes, todo se borró de su mente. De pronto vió claro el interior de la estatua, se asomó al espíritu de la diosa y se quedó frío... Era, sin embargo, un hombre de mundo, disimuló su contrariedad y fué acortando su coloquio, hasta que por fin invitó á retirarse á su amigo, y se fueron...

Fanny no extrañó, al parecer, la marcha, pero Luís la advirtió y preguntó á Jorge en la escalera:

—¿Qué bicho te ha picado de repente?

Jorge confesó á su amigo su inesperada desilusión; aquel barbarismo había sido un relámpago que descubrió el fondo de la deidad.

Entonces Luís se echó á reir, exclamando:

—¿Y á tí quién te manda elevar á mármol lo que no pasa de barro?

ALFONSO PÉREZ-NIEVA.

---

### Cantares

Yo los ví juntos, muy juntos.  
Luego dirán en mi tierra,  
que amor con amor se paga...  
Amor con amor... ¡se pega!

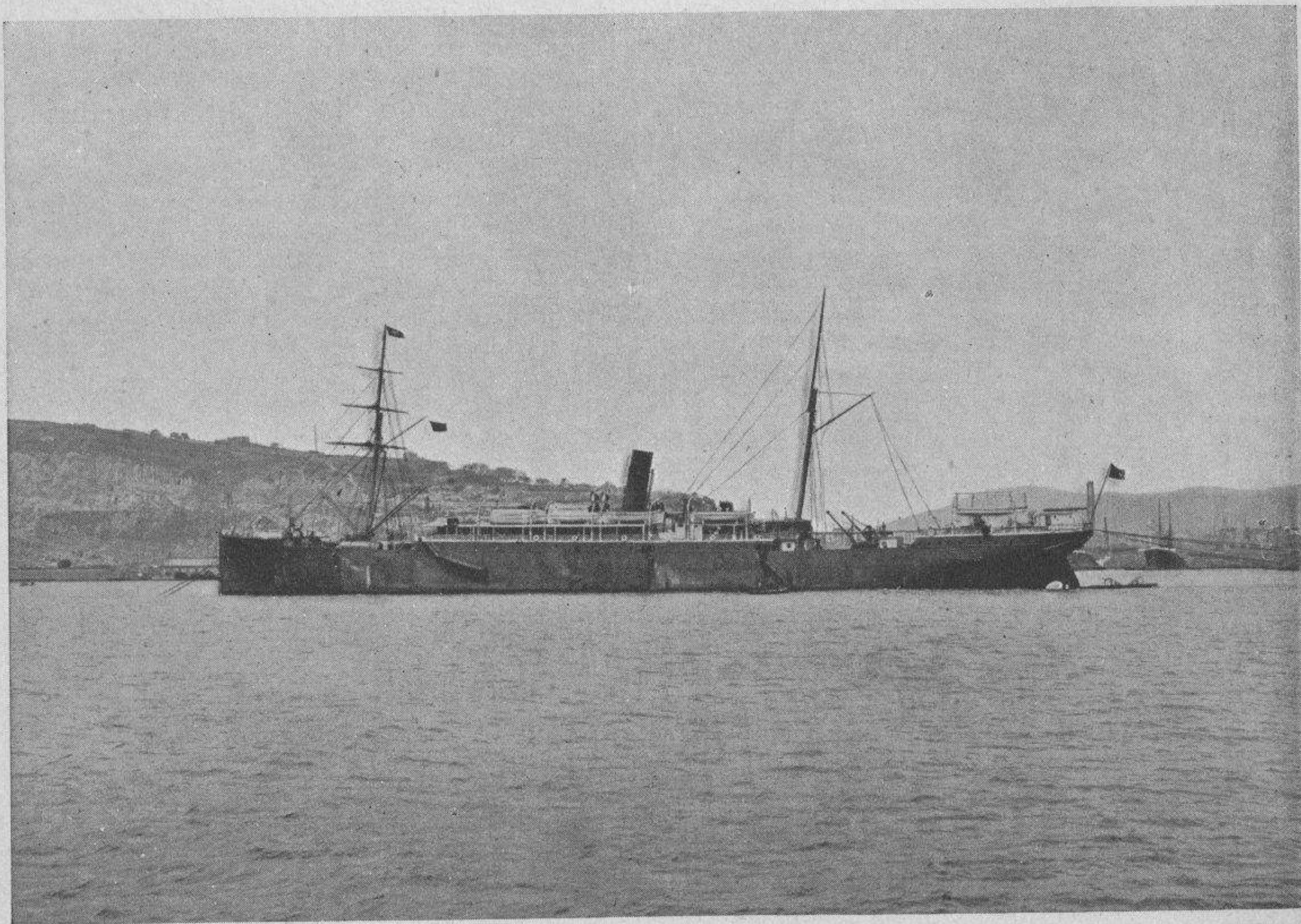
—  
Sevilla, Málaga, Cádiz,  
todo Andalucía en masa...  
¡Vaya un manojo de flores  
que lleva en la mano España!

Hoy he visto dos estrellas  
con habitantes y todo.  
¡Son los ojos de una niña  
y las niñas de sus ojos!

—  
Si crees que las flores  
te sirven de adorno...  
¡pan con pan, dice el dicho, serrana,  
comida de tontos!

C. DEL CORRAL.

### ACTUALIDADES



Fot. A. Merletti

Vapor «León XIII» recientemente llegado á nuestro puerto conduciendo heridos de Cuba





## El gran teatro

—¡Ah, sí! dirá el lector. Ya sé cuál es el gran teatro para un autor dramático que vive en París. El Teatro Francés.

—No, señor.

—El *Gimnasse*.

—No.

—El *Vaudeville*.

—Ni mucho menos. Y no se canse usted en discurrir, que no dará con ello.

El gran teatro para mí es el *Guignol* de los Campos Elíseos.

¡Ríome yo de los dramaturgos modernos franceses ó españoles! Allí, allí es donde se ve la comedia esencialmente *humana*, como dicen los críticos contemporáneos.

¡Cuántas veces al pasear por aquel sitio, donde hay, en muy poco espacio de terreno, cuatro ó cinco teatros de esos, he ocupado una silla entre una niñera y un espectador infantil, entre una señora mayor y una ama de cría!

Y nunca he sido el único espectador barbudo.

Por cada niño he contado lo menos dos ó tres hombres hechos y derechos, sin referirme al público que ve la función desde fuera y que se compone, en su totalidad, de espectadores cuya edad varía entre los treinta y los cincuenta años.

Mis hijos me piden el sábado que les lleve á donde se represente un melodrama patriótico ó una gran comedia de magia.

Pídoles yo a ellos que me lleven al *Guignol*: y todos tenemos razón, porque ellos comienzan á vivir y yo acabo.

El teatro de los niños es el más práctico; pero como la infancia no razona, no puede apreciarlo.

¡Oh, sí! En el *Guignol* se rinde culto á la literatura realista mejor que en los libros de Zola ó en los dramas de Dumas.

Las cosas suceden tal y como en la vida.

La verdad es allí como la definía San Agustín: *Verum est quod est*.

No hay más que asistir á una representación para convencerse de ello.

En todos esos dramas de un cuarto de hora de duración, el marido y la mujer se llevan muy mal, y á cada dos por tres andan á la greña.

La justicia interviene. Los magistrados sucumben á estacazos, filosóficamente distribuidos por el acuerdo. Aspiración general y muy humana, que en los dramas *de veras* resultaría inverosímil, pero que da gran placer al público de dos cuartos.

¡Sale el gendarme... le matan á palos!

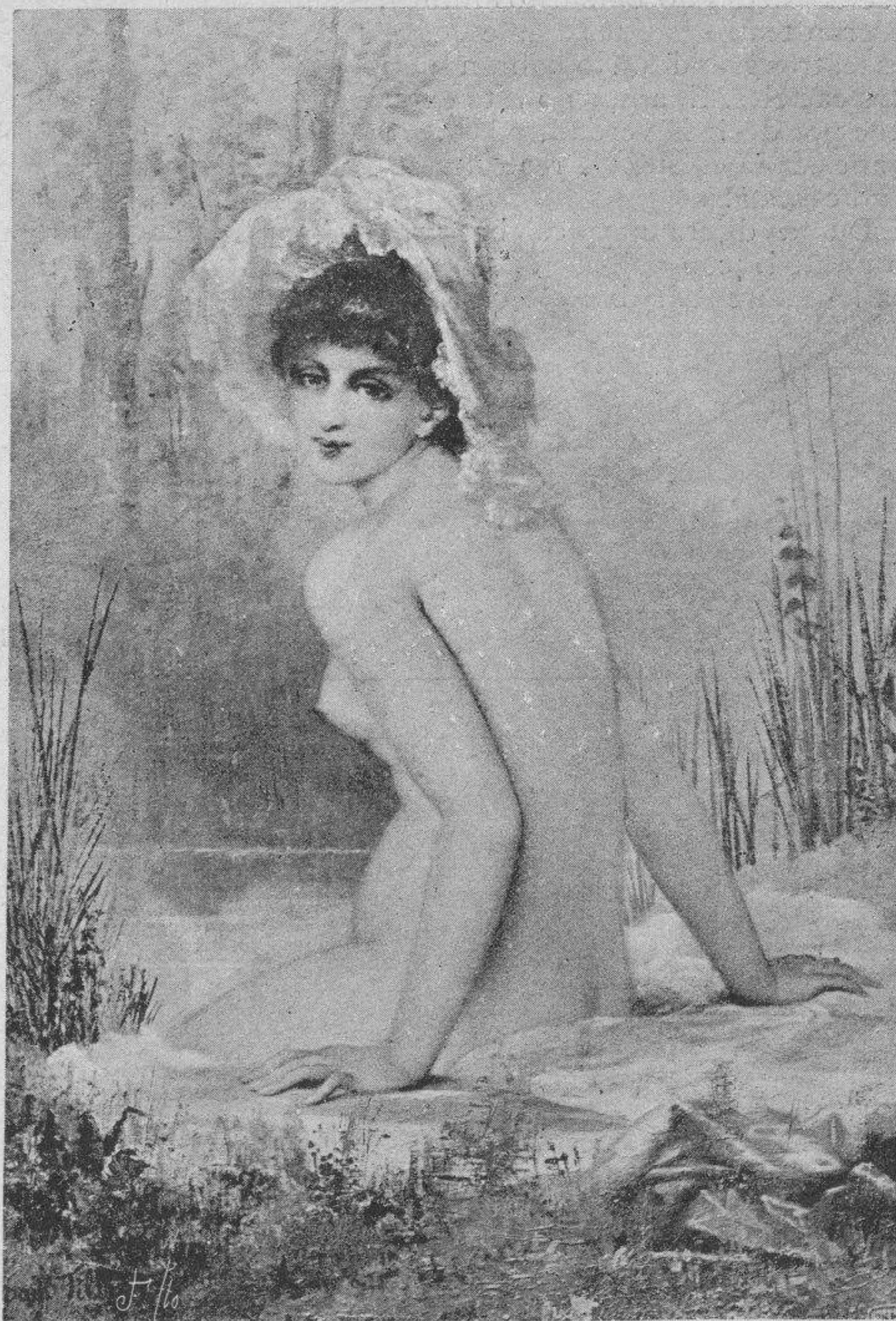
¡Lo que harían todos los hombres si no hubiera presidios y horcas!

Nadie está contento de su vecino. La buena armonía no entra por nada en la concepción de estas obras dramáticas, más trascendentales de lo que parece.



El marido se gasta cuanto gana en vino.  
La mujer es su víctima, como de costumbre, en la vida real. Se harta y se va con otro. El esposo, tan lógico como infiel, se da por ultrajado y lleva á mi señora D.<sup>a</sup> Cansada ante los tribunales. El juez la guiña el ojo, porque es bonita. Casos se han dado. De esto resultan complicaciones, disgusto general, palos y bofetadas. Aquello no es ya un drama, es la sociedad en miniatura, con todas sus pasiones expresadas debajo de tierra por un có-

### TILLIER



Bañista

mico invisible, cuya voz parece la del instinto humano que guía á los personajes humanísimos de la obra.

Los niños rien y aplauden cada vez que se arma un rifirrafe, y se ponen del lado del que pega, porque desde la edad más tierna creemos todos que el más valiente es el mejor, y el que sale vencido, el más cobarde.

¡Qué alegría cuando el birrete profesional va por los aires!

¡Qué satisfacción la del público cuando al guardia le sacuden el polvo!

Como que el público no infantil se compone de criados, niñeras, soldados, gente oprimida, en fin, para la cual el espectáculo de la ley atropellada y de la autoridad por los suelos debe ser goce parecido al de ver arruinado al amo.



Los anarquistas y los demagogos que celebran reuniones públicas no han inventado nada más práctico que estas comedias, improvisadas tal vez, pero en las que el ignorado autor es, antes que tal, conocedor del mundo y hombre que sabe lo que aplaude siempre el sentido común incipiente.

—¡Ah, señor mío!—exclama la mujer,—¿por qué se ha de hacer lo que usted quiera?

—¡Porque yo llevo pantalones y usted no!

Que es la eterna tiránica ley de los hombres contra las mujeres.

El abogado, en otra comedia guiñolesca, presenta una cuenta de diez mil francos por un escrito de ocho renglones.

—¡Ladrones!—grita el cliente.

—¡Así aprenderá usted á no llamarnos nunca!

Lo repito, el gran teatro es este, donde los actores son de palo, como casi todos los que vemos en los teatros grandes. No cobran sueldos absurdos, ni hay que poner sus nombres *en cruz* en los carteles. El autor no está expuesto á que una sala llena de hipócritas le acrimine y le silbe por decir la verdad, y las comedias no sólo son reflejo de las costumbres, sino fotografías de la existencia real, donde todas las pasiones tienden á fastidiar al prójimo con móvil egoísta.

Antes de que Dumas dijera el ya célebre *¡mátala!*, ya *Guignol* había matado mil veces á palos á la esposa infiel, ¡con aplauso de un público sano, que á los siete años aplaude lo que siente, y á los cuarenta silbará lo que razone!

E. BLASCO.

### Cabos sueltos

¿POR QUÉ?

Si es lo mismo *aldeita* que *aldehyuela*  
¿por qué se enfada tanto Doña Rita,  
cuando en vez de llamarla *mujercita*  
sustituyo, y la llamo *mujerzuela*?

EPIGRAMA

—Yo iría al teatro, pero  
el traje es lo que me inquieta.  
—Yo voy de *clac*.—¿De etiqueta?  
—No, hombre, no: de alabardero.

José DAGUEZA REDOMA.

DE ACTUALIDAD, POR XAUDARÓ



— Anda á jugar con Guillermito... y que haya paz ¿eh?



## Sensiblería

Fumaba tranquilamente  
sentado en un confidente...  
de mi pasión volandera,  
esperando á que volviera  
la dulce inquilina ausente.

Era guapa, tentadora,  
vivarachá y seductora  
con esa gracia mentida  
y estudiada, que en seguida  
nos seduce y enamora.

Yo, que siempre fuí celoso  
y no pude ser dichoso  
con el amor repartido,  
la había puesto aquel nido  
para amarla con reposo.

Nido que era mi consuelo;  
una parodia del cielo  
hecha por Luzbel acaso,  
con colgaduras de raso  
y alfombra de terciopelo.

Suave calor me envolvía;  
en la chimenea ardía  
tranquila y plácida hoguera.  
Llovía á cántaros fuera,  
y... mi dueño no venía.

La imaginación en tanto  
iba rompiendo el encanto  
de toda aquella riqueza,  
pensando en que su belleza  
tal vez no valía tanto.

Y vinimos á parar  
en que lucir y gastar  
con semejante mujer  
no era ni podía ser  
decente ni regular.

¿No era un crimen, un horror  
olvidarse del dolor  
de tantos y tantos seres  
para dorar los placeres  
momentáneos del amor?

Total, que de esta manera  
huí de la madriguera  
con el rubor en la cara,  
decidido á que se hallara  
solita cuando volviera.

Salí. La noche era fría  
y el agua helada caía  
con constancia abrumadora.  
Una pobre vendedora  
me ofreció su mercancía.

Tenía en brazos dormido  
un niño recién nacido  
á quien negó la fortuna  
calor, alimento, cuna...  
¡lo que sobraba en mi nido!

Sentí pena, desconsuelo...  
De pronto pensé que el cielo  
me la había puesto al paso.  
La llevé al nido de raso  
con muebles de terciopelo.

Y gozando grandemente  
con el asombro creciente  
de la mujer sorprendida,  
que me miraba aturdida  
como se mira á un demente,  
dí un beso al chiquillo. Luego  
puse un colchón junto al fuego  
y dije á la vendedora:  
—¡Acuéstele usted, señora,  
que si ésa vuelve, la pego!

SINESIO DELGADO.

## DE ACTUALIDAD, POR XAUDARÓ



— Les aseguro á ustedes que con Guerra y Presidencia... estoy ¡«fresco»!





La primera vez que Corville entró á despachar como Ministro en el despacho de Luís XVIII, comenzó dejando sobre la mesa del rey, con mucha calma, los anteojos, el pañuelo, la caja de rapé y la cartera.

Sorprendido el rey por aquella falta de etiqueta, le preguntó:

—¿Habéis venido aquí á vaciaros los bolsillos?

—Sí, señor. Quiero distinguirme de los que vienen aquí á llenárselos.



Preguntaron á Auber á cuál prefería, si al autor de *Il Barbiere de Siviglia* ó al de los *Hugonotes*.

El ilustre maestro contestó:

Rossini es la fuente; Meyerbeer la mina.



Un labrador entraba en su casa gritando:

—¡Micaela! Baja pronto un candil, que ha tirado una coz el macho y no veo si me ha dado á mí ó á la pared.



Hubo en Sevilla hace ya tiempo un jefe de policía llamado Santa María, el cual, rondando una noche, se encontró con un borracho en el período álgido de la embriaguez.

—¿Qué hace usted ahí? le preguntó.

—Pues... nada—contestó aquél.

—¿No sabe usted con quién está hablando?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa?

—Yo soy Santa María.

A lo que el borracho, volviéndose del otro lado.

—Pues... *ora pro nobis*.



Un andaluz de los más *netos*, decía á un compadre suyo, que el comedor de su casa tenía el techo tan sumamente alto, que para distinguir las molduras que en él había, era preciso hacer uso de un antejojo de larga vista.

—Precisamente ocurre en mi casa lo contrario, replicó el otro; son tan bajos que no podemos comer más que... lenguados.



Un general se había sublevado con algunos escuadrones y llegó á un pueblo pequeño.

Cuando estaba en el cuarto de la principal posada le dijo un ayudante:

—General, ahí está un caballero que desea hablarle.

—Que pase.

Entró un caballero y dice:

—Excelentísimo señor, vengo á ofrecirme con toda mi compañía.

—¿De qué regimiento?

—¿Cómo de qué regimiento?

—Sí, ¿de qué regimiento es esa compañía?

—Pero, señor, si es una compañía de cómicos... Yo soy el primer galán.

## Correspondencia

J. V. R. — Mal, lo que se llama mal, no está, no, señor. Pero no llega á la talla y...

*Un gijonés*. — La poesía se publicará. Del artículo me gusta el asunto, pero no la forma que es descuidada é incorrecta.

C. M. — Barcelona. — Si manda usted cosas de más importancia... no digo que no. Pero han de ser con idea y asunto determinados, no *monos sueltos* que no dicen nada ni van á ningún lado.

P. M. — Madrid. — Publicada no está, pero compuesta en la imprenta, sí. De modo que pronto *saldrá*.

J. G. — Buenos Aires. — ¡Caramba! ¡no puede usted figurarse cuanto lo siento! Pero es el caso que apenas hay verso que tenga la medida exacta. Y como corregirla sería aún más trabajoso que hacerla nueva...

E. G. — Valencia. — Aceptados los que llevan los números 1, 2, 3, 6, 8, 9 y 12. El asunto de los demás no es del todo original.

Señores J. P., *Cachitos*, *Prat*, J. R., *Un estudiante*, J. M. R., *Chucho* y A. B. y M. (Barcelona). — J. C. (Valencia). — D. de C. (Ferrol). — A. M. M. (Lugo). — J. R., J. M. L., V. I., *El nene*, A. S. y *Pichichi* (Madrid). — *Ochavito moruno*, *Mata-tías*, C. de M. y *Barbilampiño* (Sevilla). — No son publicables. Y perdonen ustedes que, por falta de espacio, no les diga por qué.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año . . . . . 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H<sup>nos</sup> y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona